
RUEDA DE PRENSA SEMANAL SOBRE COVID-19: PALABRAS DE APERTURA DE LA DIRECTORA—16 DICIEMBRE 2020

16 diciembre 2020

Buenos días y gracias por estar con nosotros en la rueda de prensa de hoy.

Desde el inicio de esta pandemia, hace menos de un año, la Región de las Américas ha registrado casi 31 millones de casos y 787.000 muertes por COVID-19. Esto representa aproximadamente la mitad de todas las infecciones y muertes por esta enfermedad en todo el mundo.

Solo en la última semana, se notificaron casi cinco millones de nuevas infecciones por el virus causante de la COVID-19, la mayoría en América del Norte, donde Canadá y Estados Unidos siguen siendo las principales fuentes de casos nuevos. En Canadá, las hospitalizaciones están en alza, particularmente en las zonas centrales del país, lo que causa preocupaciones relativas a la capacidad de los hospitales. En Estados Unidos, se han notificado más de 300.000 muertes, un hito que pone de relieve las pérdidas humanas de esta crisis.

En Centroamérica, Panamá y Belice están experimentando un aumento en el número de infecciones por COVID-19. En Belice, algunos hospitales ya están por encima de su capacidad, lo que plantea preocupaciones sobre la disponibilidad de la atención.

Mientras tanto, en términos generales Honduras, El Salvador, Guatemala y Nicaragua están notificando cifras relativamente bajas en lo que respecta a la COVID-19. Sin embargo, estas tendencias deben considerarse con cautela ya que los huracanes Eta y Iota pueden haber afectado a los sistemas nacionales de vigilancia y hay muchas personas desplazadas procedentes de las regiones afectadas.

En las islas del Caribe que son destinos turísticos, como Bermudas, se está observando un incremento en el número de infecciones. Además, lamentablemente, después de muchas semanas, San Martín y Aruba han notificado que en fechas recientes han registrado nuevas muertes por COVID-19.

Si pasamos a América del Sur, Brasil y Colombia están notificando el mayor número de casos nuevos, y se ha observado un aumento preocupante en el número de infecciones en varias zonas del sureste de Brasil. También se está registrando una aceleración de los casos en las zonas limítrofes de Paraguay y Uruguay, aunque ambos países están notificando un alza en el número de infecciones en todo su territorio.

Sin embargo, también estamos viendo una reducción en el número de casos en otras partes del continente: en Chile se ha mantenido estable y en Argentina, Bolivia, Perú y Ecuador está en descenso.

La rueda de prensa de hoy será la última sesión informativa sobre la COVID-19 del programa habitual del 2020, por lo que me gustaría dedicarle unos minutos a una visión retrospectiva de lo que sin duda puede considerarse el evento de salud pública más extraordinario de nuestras vidas.

Las Región de Américas no son ajenas a los brotes de enfermedades: experimentamos un devastador brote de cólera en los años 90, vencimos una mortífera pandemia de gripe H1N1 hace poco más de 10 años y vimos la llegada del Zika en el 2015.

De hecho, la OPS fue fundada en 1902 en parte para abordar la fiebre amarilla, que en ese momento devastaba a nuestra Región.

Pero esta pandemia se diferencia por su escala y por sus repercusiones. Además, ha puesto de relieve dos de los desafíos que por mucho tiempo han estado presentes en nuestra Región: la desigualdad y la insuficiente inversión en nuestros sistemas de salud.

América Latina es una de las regiones más desiguales del mundo, y la COVID-19 exacerbó estas desigualdades.

Las personas que viven en espacios reducidos o en comunidades urbanas densamente pobladas sin la infraestructura necesaria no pudieron seguir las medidas básicas de salud pública necesarias para evitar el virus. Los muchos millones de personas que dependen de la economía informal para ganarse la vida no tenían la opción de quedarse en casa, y la atención de salud adecuada a menudo estaba fuera de su alcance de las personas que viven en entornos marginados y zonas remotas, como nuestras comunidades indígenas y migrantes.

En toda la Región, los sistemas de salud tuvieron dificultades para abordar el flujo de pacientes con COVID-19 debido a que los suministros, el espacio y el personal eran limitados. La respuesta a la COVID-19 causó interrupciones en los servicios de salud esenciales de los que dependen las personas para tratar no solo enfermedades como la infección por el VIH y la tuberculosis, sino también condiciones como la diabetes y la hipertensión. En consecuencia, los pacientes enfrentan un mayor riesgo por problemas de salud que son tratables y nuestra Región podría perder decenios de progreso contra las enfermedades.

El 2020 debería considerarse un llamado de alerta para que los países pongan la salud en primer lugar, ahora y en el futuro. El bienestar de nuestras comunidades y nuestras economías depende de ello.

Al volcar la mirada hacia atrás y examinar el último año, también debemos recordar que nuestra Región afrontó la tragedia y la adversidad con determinación y solidaridad.

En el camino, obtuvimos varias enseñanzas importantes que han fundamentado nuestro enfoque en esta pandemia y redefinirán la salud pública en el futuro.

En primer lugar, aprendimos a seguir los datos más recientes para tomar decisiones inteligentes.

En las primeras etapas de esta pandemia, nuestra Región tuvo acceso a pruebas mediante PCR para diagnosticar la COVID-19, trabajadores de salud capacitados y una red de laboratorios que podía detectar casos en las ciudades y en las comunidades rurales, incluso antes de que se detectara al primer paciente con COVID-19 en América Latina.

Este sólido sistema de vigilancia fue fundamental para entender cómo se estaba propagando el virus y cómo se las estaban arreglando nuestros sistemas de salud, lo que ayudó a los gobiernos a proporcionar recursos y apoyo a las áreas más necesitadas.

Con el tiempo, estos datos también han sido fundamentales para ayudar a los países a evaluar cuándo y cómo ajustar sus medidas de salud pública y reabrir la economía, manteniendo el virus bajo control.

En segundo lugar, aprendimos a actuar con rapidez y a mantener el dinamismo en nuestra respuesta.

Al comienzo de esta pandemia, los gobiernos de todo el continente tomaron medidas rápidamente con el objetivo de limitar la propagación del virus en las primeras etapas y ganar un tiempo crucial a fin de preparar a los sistemas de salud para los desafíos que se avecinaban. Gracias a estos esfuerzos emprendidos con velocidad, el número de camas en las unidades de cuidados intensivos en América Latina casi se duplicó este año.

La OPS pudo brindar apoyo para evaluar la disposición operativa de más de 500 hospitales públicos de nuestra Región, lo que ayudó a definir a las estrategias contra el virus a nivel de país. La OPS ha coordinado cientos de sesiones de capacitación, donado millones de EPP y pruebas diagnósticas y publicado más de 100 orientaciones técnicas para que los trabajadores de salud entiendan los datos científicos más recientes y puedan tener acceso a las últimas herramientas que necesitan para combatir este virus de manera segura.

A medida que los hospitales se vieron saturados, la mayoría de los países también trabajaron a fin de brindar apoyo en tareas vitales para la COVID-19 —como la realización de pruebas y la localización de contactos— al nivel mismo de la comunidad. Además, fortalecieron la capacidad en el ámbito de la telesalud y los programas de extensión comunitaria para que los pacientes pudieran acceder a los servicios de salud esenciales sin necesidad de salir de sus hogares.

Esto marcó una gran diferencia, no solo al proteger la capacidad de los hospitales, sino también al garantizar que más personas pudieran tener acceso a la atención.

En tercer lugar, aprendimos sobre la fuerza de trabajar juntos, y quizás eso es lo más importante.

En pocos meses, los científicos desarrollaron pruebas diagnósticas que podían detectar el virus en cuestión de minutos, no de días.

Hoy en día, nuestro personal médico y de enfermería está mejor equipado para manejar a los pacientes críticos, incluso cuando las hospitalizaciones están en aumento.

A partir de esta semana, algunos de los grupos más vulnerables de nuestra Región estarán ya recibiendo vacunas contra la COVID-19, y se esperan millones de dosis más a principios del próximo año.

Haberlo logrado en plazos tan sorprendentes constituye una prueba de la colaboración sin precedentes entre científicos, investigadores y expertos por igual.

Alianzas mundiales como el Mecanismo COVAX también están mancomunando recursos, conocimientos especializados y esfuerzos para que los países tengan el mismo acceso, y dentro de los mismos plazos, a vacunas contra la COVID-19 que sean seguras y eficaces. En la Región de las Américas se encuentra una quinta parte de los países que participan en el COVAX, un testimonio de nuestra solidaridad regional y del valor que le atribuimos a la colaboración.

También vimos este espíritu de colaboración reflejado en el anuncio que hizo esta semana el Gobierno de Canadá sobre la donación de 255 millones de dólares canadienses al Acelerador ACT para apoyar el desarrollo, la entrega y la distribución de vacunas y tratamientos para la COVID-19. Estos fondos beneficiarán a varios sistemas de salud de nuestra Región que ya se encuentran desbordados. Esperamos que otros países se unan a Canadá en su demostración de solidaridad y compromiso para promover un acceso equitativo a herramientas seguras y eficaces contra la COVID-19. Entre otros importantes donantes que han colaborado con nuestro trabajo se encuentran los Centros para la Prevención y el Control de Enfermedades de los Estados Unidos (CDC), la Comisión Europea, el Reino Unido, USAID, el Programa Mundial de Alimentos y la Fundación Rockefeller. Queremos expresarles nuestro agradecimiento por su apoyo.

Este año, la Región de las Américas —de hecho, el mundo entero— se enfrentó al mayor desafío de salud pública de nuestros tiempos.

Pero esta semana nos sentimos inspirados al ver a las primeras personas de nuestra Región recibir la vacuna contra la COVID-19.

Aunque esperamos que el 2021 abra un nuevo capítulo en nuestra lucha contra este virus, proteger a millones de personas en nuestra Región con vacunas contra la COVID-19 será una tarea colosal.

Por lo tanto, debemos ser pacientes y realistas y aceptar que la COVID-19 estará entre nosotros durante cierto tiempo. El trabajo que realizamos para controlarla no puede ni debe cesar.

Controlar la pandemia nos obligará a prestar atención a las enseñanzas que hemos obtenido hasta ahora y abordar los desafíos que nos han frenado por tanto tiempo: la desigualdad generalizada y la falta de financiamiento de los sistemas de salud.

El 2020 fue un año muy diferente a los demás. Espero que al mirar hacia atrás, lo recordemos no solo como el año que nos trajo la COVID-19, sino también como el año en que finalmente decidimos hacer de la salud nuestra máxima prioridad.